

La tierra no se vende; o, ¿sí? Historia geográfica del agrarismo en Autlán-El Grullo*

El libro *La tierra no se vende; o, ¿sí?* presenta varias facetas de la vida rural del valle de Autlán-El Grullo y explica cómo se construyó este territorio a lo largo del siglo XX. Después de una presentación de la región y de sus especificidades, Hirineo Martínez estudia las luchas agrarias que se dieron en el valle, haciendo especial énfasis en el activismo de Casimiro Castillo, agrarista que agrupó a los peones de las haciendas para luchar por el acceso a las tierras pertenecientes a ellas. Esta historia violenta fue la que permitió activar los mecanismos de la aplicación de la reforma agraria, descritos a detalle por el autor, con una relación de los ejidos que se implantaron en el valle. Posteriormente, el autor describe los orígenes del caciquismo del general Barragán, figura emblemática del poder político y militar jalisciense, y las consecuencias que tuvieron las acciones de este grupo encabezado por él durante la segunda mitad del siglo XX. El último capítulo, que se enfoca en las décadas finales del siglo, describe la situación de endeudamiento de los campesinos del valle,

* Hirineo Martínez Barragán, *La tierra no se vende; o, ¿sí? Historia geográfica del agrarismo en Autlán-El Grullo*, Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara, 2015, 268 pp.

la conformación del movimiento del Barzón y, finalmente, las reacciones de los ejidatarios frente a la reforma del artículo 27 y la aplicación del Programa de Certificación de Derechos Ejidales y Titulación de Solares (PROCEDE), después de setenta años de apuesta a la propiedad social. Este trabajo permite entonces tener una visión completa de la situación agrícola y de los movimientos que se sucedieron y que definen esta región jalisciense hasta los años noventa. Permite también establecer comparaciones con los procesos agrarios que se dieron en otras partes del estado y del país a lo largo de un siglo, en el que tuvieron lugar transformaciones numerosas y drásticas en cuanto a la tenencia de la tierra y los usos de suelo.

En vez de describir a detalle lo que contiene cada uno de los capítulos, decidimos en esta reseña abordar, desde nuestra perspectiva, algunos de los temas principales del libro que nos parecen fundamentales para entender el México rural y su evolución. La primera idea central es cómo se transforma la relación del campesinado —o mejor dicho de los habitantes rurales, porque ya muchos no se dedican al campo de tiempo com-

pleto— con la tierra. Este cambio es muy perceptible en muchas de las regiones campesinas de México, y lo que ocurrió en los ejidos del valle de Autlán-El Grullo es, sin duda, representativo de lo que pasó en todo el país. Es muy impactante ver cómo el tener acceso a la tierra ha marcado la primera generación de ejidatarios y la siguiente, desde los años veinte, treinta y cuarenta hasta los ochenta aproximadamente, y cómo poco a poco las generaciones siguientes se alejaron de la tierra, por distintas razones que se señalan en el texto: ganancias reducidas, fuerte inversión en trabajo, endeudamiento progresivo sobre todo relacionado con ciertos cultivos como las hortalizas, ausencia de apoyos productivos gubernamentales, entre otras razones. Esta desvaloración del campo, que se ha dado en solamente tres o cuatro generaciones, explica los procesos de renta y de compraventa de las parcelas que se dieron después del PROCEDE,¹ y la poca participación de los jóvenes en las actividades del campo. Hay que tomar en cuenta, en paralelo a este fenómeno, el crecimiento de las loca-

lidades a nivel local y regional, en este caso Guadalajara, y la oferta laboral en aumento en el sector terciario, con calificaciones o sin ellas. A pesar “de la sangre, del sudor y de las lágrimas” (p. 236), para retomar las palabras del autor, que costó el tener acceso a la tierra hace décadas, es más atractivo para un joven de Autlán obtener un trabajo en un Oxxo de la capital del estado, que heredar la pequeña parcela ejidal del abuelo, la cual, al trabajarla con mucho esfuerzo, le aportaría más o menos el mismo ingreso. Es una situación muy frecuente en el mundo ejidal, en distintas regiones de México, y que ilustra el contraste cada vez más marcado entre una agricultura comercial, mecanizada y de exportación, por una parte, y el otro sector agrario, el de los ejidatarios y de pequeños campesinos, que trabajan en superficies reducidas, con inversiones mínimas y siguen sembrando cultivos de subsistencia, a veces combinados con algunos cultivos comerciales, como las hortalizas o el agave. Este desinterés y desapego de las nuevas generaciones por el campo, la tierra y el ejido tiene pocas excepciones: cuando se trabajan cultivos de exportación que hacen que una parcela de unas pocas hectáreas sea rentable; cuando existió una comunidad agraria tan fuerte que sigue influyendo en las decisiones actuales, o cuando trabajar el campo representa un complemento a otras actividades.

¹ Virginie Thiébaud, Christelle Hédouin y Agathe Legendre, “Caña de azúcar y liberalización económica. Estrategias campesinas y cambios territoriales en Jalisco y Veracruz”, *Sociedades rurales, producción y medio ambiente*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, junio de 2013, vol.13, núm. 25, pp. 15-44.

Esta situación refleja el cambio rápido de una sociedad mayormente campesina a una principalmente urbana, y nos habla igualmente de la desvalorización del campo. Esto se observa claramente en las políticas gubernamentales de las últimas tres o cuatro décadas, que consistieron en no apoyar las economías campesinas con proyectos productivos, para después lamentar su falta de competitividad y productividad, y favorecer así las importaciones de otros países con los cuales se tienen acuerdos comerciales, en especial los Estados Unidos.

Otro tema que se aborda en el libro y que se fue amplificando entre los años en que se realizó el trabajo de campo, a mediados de los años noventa, y la época actual, es la necesidad para los ejidatarios de diversificar sus actividades en muchas zonas rurales del país. En efecto, la rentabilidad de las actividades campesinas es tan baja que se deben complementar con otras: empleos asalariados en las zonas periféricas de las ciudades grandes o medianas, trabajos en las agroindustrias de la región, empleos de jornaleros en el campo para las personas no calificadas, para citar algunos ejemplos. Los ingresos obtenidos del campo se complementan también con las remesas en dólares enviadas desde el país vecino, y los pequeños subsidios gubernamentales (el apoyo PROSPERA a las mujeres de las comunidades rurales, el apoyo

“65 y más” a las personas mayores y PROCAMPO, subsidio asociado a las superficies poseídas cultivadas). En la actualidad, de hecho, es imposible estudiar las economías campesinas sin tomar en cuenta estos ingresos, que muchas veces no solamente complementan las ganancias obtenidas de la comercialización de los productos del campo, sino que representan una parte mayoritaria.²

Por otro lado, este libro es parte de las obras que aportan un mayor conocimiento sobre la tenencia de la tierra en una región específica y permiten así tener una perspectiva más amplia de lo que pasó a nivel nacional con la reforma agraria.

En efecto, se habla en general de la aplicación de la reforma agraria y de los ejidos como si fuera algo homogéneo, y resulta que existe una diversidad enorme dentro del sector ejidal; cada ejido es un mundo, incluso en una misma región. Esto se puede explicar por distintas razones: 1) por el tipo de solicitantes, peones de las haciendas que se repartieron las tierras que trabajaban, o inmigrantes

² Virginie Thiébaud, “La imposible reproducción de los sistemas agrícolas maiceros: el caso de la pequeña agricultura familiar en Santiago Tuxtla, Veracruz”, en André Quesnel, Fernando Saavedra y Bernard Tallet (coords.), *Recomposiciones territoriales en el Istmo de Tehuantepec, México. Dinámica de poblamiento, movilidad y sistemas de actividades en el sur de Veracruz*, Publicaciones de la Casa Chata/IRD / CIESAS, México, 2012, pp. 218-243.

que llegaron desde otras regiones y se organizaron para solicitar tierras; 2) por las organizaciones territoriales y sociales internas de cada ejido; 3) por las reacciones de los ejidos ante el PROCEDE, a partir de 1992, entre otras. Por ejemplo, los ejidos del valle Autlán-El Grullo presentan la particularidad de estar divididos en fracciones y de no estar relacionados con una localidad ejidal propia, sino que los ejidatarios de varios ejidos residen en una misma ciudad, como Autlán. Resalta el autor que este hecho excluyó la existencia de una comunidad ejidal con una fuerte identidad, como existe en otros lugares. Además, dentro del mismo valle, el autor cita a dos ejidos que tuvieron un funcionamiento muy propio desde sus inicios: Ahuacapán y El Jalocote. Ambos tenían espacios delimitados para las tierras comunales, las tierras parceladas y el asentamiento humano (al contrario de lo que pasó en los otros ejidos del valle), no aceptaron el asentamiento de personas extrañas (avecindados), y tuvieron un funcionamiento autónomo y muchas reticencias a la hora de incorporarse al PROCEDE. Estas diferencias se deben al “conjunto de propuestas contradictorias entre sí en ocasiones y, en muchos casos, de carácter ambivalente, presentes en la legislación agraria en torno a la definición del ejido como forma de propiedad y de

gobierno local”,³ y son consecuencia de las diferentes interpretaciones y la flexibilidad que existió respecto de la aplicación de la legislación, según las regiones, los movimientos y líderes agraristas, entre otros factores. Estudiar un ejido significa, por lo tanto, estudiar un pequeño mundo, con su historia de luchas, su conformación, y luego su organización, sus reglas, su funcionamiento; de allí la inacabable tarea de aportar siempre más conocimientos sobre la tenencia de la propiedad social en México.

Es importante mencionar, finalmente, que el libro concluye con una descripción detallada de los paisajes del valle, con todos sus matices, gamas y tonalidades, los cuales permiten a un lector experimentado del paisaje analizar tanto las dinámicas pasadas como las actuales, y dar explicaciones sobre la configuración territorial. Esta forma de cerrar la obra da oportunidad a los lectores, sobre todo locales, de identificarse con el territorio estudiado.

En suma, el libro, además de ser un trabajo académico de calidad, constituye un testimonio formidable para las familias de los ejidatarios y otros habitantes de la región, que conocieron las luchas a través de las palabras de sus antepasados

³ Gabriela Torres Mazuera, “El ejido posrevolucionario: de forma de tenencia *sui generis* a forma de tenencia *ad hoc*”, *Península*, 2012, otoño, vol. VII, núm. 2, pp. 69-94.

o las van a descubrir mediante la lectura de esta obra. La relación íntima del autor con su “terruño”, su “matria”,⁴ es indudablemente el elemento clave para explicar la doble lectura que se puede hacer del libro, tanto con la mente como con el corazón.

Virginie Thiébaud
Instituto de Investigaciones
Histórico-Sociales,
Universidad Veracruzana

⁴ Luis González y González, “Suave matria”, *Nexos*, diciembre de 1986, núm. 108 [<http://www.nexos.com.mx/?p=4701>].